

volver las hojas del desagradable volúmen se me acababa el placer, y mi pobre corazon animado de un espíritu terrestre suspiraba por buenas prensas y buenas formas.




---



---

## CAPITULO X.

Mudanza al campo.—Paseos en la Selva.—Igualdad.



Al cabo logré lo que tanto deseaba, alquilando una bonita casa de campo dejada por un abogado, cuya profesion lo obligaba á residir en lo interior del pueblo. Estaba situada en un lugarejo, como á milla y media de la ciudad, y construida al pie de unos collados que en otro tiempo habian sido linderos de su distrito por la parte del norte. En este alojamiento nos acomodamos mucho mejor que no lo estabamos en la poblacion. El edificio reunia varias conveniencias con habitaciones bien frescas y ventiladas; nos veiamos libres de los odiosos mosquitos, y disfrutabamos de las ventajas de un pozo de nieve que nunca se acababa. Nos divertiamos ademas en coger nosotras mismas los tomates de nuestro jardin, y teniamos el placer de tomar leche de nuestra vaca. Yo por mi parte vivia mucho mas con-

tenta con todos los privilegios de la vida rural, que ejerciamos sin restriccion, y que son tan incompatibles con los melindres y privaciones de los habitantes de un pueblecillo del oeste de América, como con los requisitos de la sociedad de Londres. Entre nosotros y nuestra vaca reinaba una intimidad patriarcal, y cuando nos recostabamos sobre la yerba de la pradera, no dejaba de dar un resoplido al libro, y en cambio respirabamos su agradable aliento. Tan cerca estaba de nuestra casa la selva que soliamos hacer de su delicioso recinto un estrado exterior, y no debia sorprender el encontrarnos camino de ella sin otro preparativo que nuestros quitasoles y llevando libros y trabajo, para entretenernos y pasar á la sombra los días larguísimos del verano. El prado que separaba los árboles de la habitacion, estaba cubierto de una grama menuda, alfombra hermosa que se extendia hasta la entrada del bosque, y sobre la cual varios leños y troncos servian de mesas y sofaes. Con todo no bastaba eso para saciar nuestro deseo de campo, y determinamos consagrar un dia entero para gozar de los placeres del sitio mas salvaje que descubrieramos en los bosques. Nos proveimos pues de libros, de papel, de lápices y de *sandwiches* (5), y á pesar de un sol abrasador, trepamos por una cuesta tan pendiente que hubie-

ramos podido reposar acostados con solo inclinarnos un poco. Llegamos á la cumbre, jadeando y casi ahogados, pero con la esperanza de que nos refrescaria y daria aliento el aura pura de una atmósfera libre. ¡ Vana ilusion! Para eso nos era necesario encaramarnos mas arriba, tal vez á la cima de los árboles, porque el aire no se movia bajo sus ramas ni se habia movido jamas, segun oprimia nuestros pulmones.

En efecto, hecho el ánimo de solazarnos en una region donde se disfrutara de aire menos estancado, continuamos todavia nuestra escalada, hundiéndonos hasta las rodillas en un pantano eterno de hojas. Cansados ya de buscarla en balde, resolvimos sentarnos un rato en el primer tronco de árbol que se ofreció á nuestra vista, y como todos estabamos considerablemente molidos, concebimos á una la misma idea y la ejecutamos con igual simultaneidad; pero el leño traidor se transformó en un monton de broza y podredumbre, y todos nos sumimos tambien simultáneamente en el profundo tremedal que un siglo antes habian formado los despojos del bosque primitivo.

Ni fuimos nosotros los únicos pacientes en ese chasco; con nuestra caída turbamos la paz de las ranas, lagartos, cienpies, escarabajos, sapos y langostas, que saltaron de su nunca

profanado retiro, y nos manifestaron su enojo mui naturalmente, fastidiándonos cuanto les fué posible, mordiéndonos, picándonos, arañándonos; y cuando por último logramos salir de aquellas venerables ruinas, presentabamos un cuadro tan trágico como puede cualquiera imaginárselo. Sacudimos nuestros vestidos (que no exhalaban aromas) y asados de calor, acribillados á picotazos, y vejados con tanto contratiempo, nos separamos algunos pasos de la escena de nuestro infortunio y nos sentamos otra vez, pero en el suelo, y tanteando la solidez del terreno.

Apenas habiamos empezado á tragar la hiel del capricho que nos habia arrastrado á aquellas soledades montaraces, cuando cayó sobre nosotros una nueva plaga. Juntóse al instante una nube de mosquitos, y mientras nos chupaban la sangre con sus agudas trompas, formaban un coro de zumbidos que nos aturdió, hasta que perdimos la paciencia y nos retiramos, con el firme propósito de no volver jamas á tentar las delicias de otro *al fresco* en los bosques de América. El sol estaba entonces en toda su fuerza meridiana, pero nuestro camino era corto y cuesta abajo; así volvimos á alzar nuestros preparativos de felicidad y tomamos la direccion de nuestra casa; ó mas bien empezamos á marchar sin direccion,

porque buscando un parage agradable, nos habiamos internado tanto en aquellas cavernas de troncos y ramas que habiamos perdido todo rumbo, y no atinabamos con el sitio por donde habiamos entrado. No se veía mas que multitud de matas altas, endebles y melancólicas semejantes á las de los pésoles y separadas unas de otras á distancia de un pie. El suelo, en cuanto alcanzaba la vista (que á la verdad no era mucho) estaba cubierto de una capa de hojas secas, donde no se columbraba huella, senda ni rastro, como diria Mr. Cooper, que nos indicara nuestro camino. Al cabo, despues de habernos detenido un rato á meditar, vimos que era menester entregarse al acaso, y de ese modo tan poco halagüeño emprendimos nuestra romería para tropezar con nuevas desventuras. Habiamos andado como un cuarto de milla, cuando, descubriendo una cuesta mui pendiente, nos creimos ya fuera de peligro, y empezamos á bajar casi arrastrando, sin dudar que fuese la misma que antes habiamos subido. Ciertamente no podia haber cosa mas parecida; mas ¡ay que parecerse no es ser! y al llegar á la linde del bosque á fuerza de resbalones y culadas, no vimos casa ni choza, ni sombra hermosa de acacias, ni vestigio de las cercanías de nuestra habitacion, porque para mayor desgracia nos encontrabamos en el punto

opuesto, y teníamos que ganar una distancia de tres millas penosísimas por la falda de la colina. Creo que ninguno de nosotros olvidará jamás tan terrible paseo; al acordarme yo de él, me parece que siento el calor de aquella atmósfera brillante y abrasadora que aun me quema. Era doloroso andar, era doloroso respirar, era doloroso mirar; porque todo despedía llamas de fuego, reflejando los rayos que el sol lanzaba sobre la tierra.

Por fin llegamos á nuestra casa, lo que no dejó de sorprendernos agradablemente, y cuando nuestras lenguas secas y arrugadas recobraron su fuerza, las primeras palabras que pronunciamos fueron para prometernos mutuamente que nunca nos propondríamos más giras de campo en los bosques del Ohio.

Por este tiempo esperábamos de un día á otro la llegada de Mr. Trollope, pero pasaron tantas semanas que empezamos á temer que alguna ocurrencia imprevista no lo hubiera obligado á diferir su viaje para la primavera. Felizmente, cuando habíamos cesado casi de mirar hácia el camino de la ciudad, lo vimos venir una noche bastante tarde por el que cruza el campo desde Pitsburgo. El placer que tuvimos fué doble, pues lo acompañaba nuestro hijo mayor, á quien no esperábamos tener el gusto de abrazar. Los paseos y cavalgatas nos ofre-

cieron un interés más grande. Nuestros dos jóvenes acabados de salir del colegio se encontraron en la América con un país enteramente diverso de las demás naciones que sus libros les habían hecho conocer; para ellos era en realidad un mundo nuevo. Si hubieran visitado la Grecia ó Roma, habrían reconocido los objetos de que ya tenían ideas completas en su mente; si hubieran viajado por la Italia, también habrían visto lo que les era familiar por la conversación ordinaria; mas la América, excepto acaso en la parte geográfica, no se conoce mucho mejor en las escuelas públicas de Inglaterra (\*) que la Tierra-Formosa; ni se ha estudiado con más profundidad el carácter americano que el de los antropófagos: todo pues era nuevo para ellos y todo debía divertirlos.

Al principio nos chocaba la familiaridad extraordinaria de nuestros pobres vecinos, y apenas sabíamos como tomar su franqueza grotesca, ni como debíamos corresponder á ella; por lo mismo solía haber entre nosotros escenas sumamente cómicas. En una ocasión dos de mis hijos fueron á pasearse á las colinas, y como se detuvieran más de lo que esperábamos, resolvimos el irlos á buscar. Aunque sabíamos la dirección que habían llevado, pensamos que nunca podía ser inútil preguntar en la cerve-

(\*) Y menos conocida es en las demás de Europa.

cería, que estaba al pie de la cuesta, si los habían visto pasar. Una muger que mas parecia verdulera de Covent-Garden (\*) que otra cosa, salió y me respondió con la cara de pascua mas alegre del mundo que sí, preparándose á venir con nosotros en su busca. Su modo de mirar, su voz, sus gestos eran tan rudos y vehementes que asustaba el verla; pero ella cogiéndome el brazo, y enganchándome en el suyo con toda libertad, para completa diversion de mi familia, empezó á tirar de mí, hablándome y preguntándome sin cesar. Vivía á poca distancia de nosotros y sin duda seria excelente vecina; mas el temor de su violenta intimidación me habia alejado siempre del umbral de su puerta. Para hablar á mis hijas y aun á mis hijos, se servia siempre de sus nombres cristianos, excepto cuando substituía á estos la palabra *panal mio*, familiaridad universal en todos los rangos de la sociedad del Norte de América (6).

A mí me llamaban en general nuestros vecinos « la vieja inglesa, » aunque, cuando hablaban unos de otros, siempre empleaban el término de señora (*lady*); y tal era el placer con que se servian de esa palabra que muchas veces en lugar de decir simplemente *mistress Fulana*, hablando de una vecina, la nombra-

(\*) Una de las plazas de mercado de Londres.

ban con una descripción completa, por ejemplo: « la señora (*lady*) del otro lado, que lava ropa, ó la dama (*lady*) de allá, que está haciendo velas. » A Mr. Trollope lo llamaban constantemente « el viejo, » mientras no hai acarreador de cerveza, mozo de carnicero ó peon de albañil que no reciba el título de « gentleman, » esto es: « gentilhombre, caballero, y segun la correspondencia castellana, hidalgo » En efecto vimos en cierta ocasion á una de las personas de mejor apariencia de Cincinnati que al *introducir* á un tiote en mangas de camisa y sucio como un carbonero, dijo al amigo á quien lo (7) presentaba: « D\*\*\*, permitidme que os haga conocer á este caballero. »

Nuestros títulos respectivos sin embargo no hacian gran mella en nuestra vanidad; lo que sí nos incomodaba era el eterno dar la mano de aquellas buenas gentes, tanto damas como caballeros, y con especialidad el contacto de estos que siempre nos dejaba oliendo á huiqui y á tabaco.

Pero el punto en que mayor estrago causa la tal igualdad republicana es el de las continuas y perdurables visitas que produce. Nadie piensa en cerrar la puerta de su casa en la América occidental; el vecindario entero lo miraria como una afrenta: asi estaba expuesta á

perpetuas y fastidiosas irrupciones de la parte de gente que muchas veces no conocia y cuyo nombre ignoraba mas á menudo.

Los naturales del pais acostumbrados á sus estilos pasan por cima de esas molestias con una maña que no pude yo adquirir jamas. Solia ver á mis conocidas asaltadas de la misma manera sin que eso las desconcertase, porque continuaban en sus ocupaciones ó conferencias conmigo como si nadie hubiera entrado: al presentarse la visita preguntaba: «¿Cómo estáis?» con su apretón de mano.

— *Tolerable*; os agradezco la atencion: y por acá ¿cómo va? era la réplica.

Si era muger, se quitaba el sombrero; si hombre, se quedaba con él encasquetado. Tomaban posesion de la primera silla que tenían mas cerca y permanecian una hora sentados sin hablar una palabra: por último levantándose de repente, volvian á darse las manos y decian: — «Vaya, me parece que ya es tiempo de retirarnos.» De ese modo se iban, al parecer muy satisfechos de su recepcion.

Esa calma fué siempre superior á mis fuerzas: ni podia leer ni escribir y se me figuraba que era menester que les hablara. Voi á transcribir la minuta de la conversacion que tuve la curiosidad de apuntar despues de quedar libre de una de mis visitas, y servirá de mues-

tra de la manera de hablar, y aun de pensar de aquellas gentes. Mi interlocutor era un lechero.

— «Vaya ¿con que sois de la tierra vieja? Pues aquí vereis vistas, me parece.

— Muchas espero ver.

— Es un hecho. *Yo espero* que vuestro asomo de isla no cria los tremendos y hermosos granos que veis por acá.

— En Inglaterra no hai maiz.

— ¡Posible! no es extraño entonces que acá leamos en los papeles tantas tragedias de vuestra pobre gente que se muere de hambre.

— Sin embargo tenemos trigo.

— Sí, para los gordos, pero yo *calculo* que el pobre rara vez se llena la barriga.

— Ciertamente aquí hai mas abundancia.

— Asi lo *espero*. Pues dicen que si un pobre diablo tiene la fortuna de arañar unos cuantos pesos, vuestro rei Jorge se echa sobre el gato al instante y carga con todo. ¿No lo hace?

— No me acuerdo de haber oido semejante cosa.

— Ya veo que eso lo callan. Vuestros papeles no son como los de acá, apuesto. Ahora aquí se dice y se imprime todo lo que se nos antoja.

— En efecto aquí se emplea mucho tiempo en leer los diarios.

— Y quisiera yo que me dijerais en qué lo podríamos emplear mejor. ¿En qué deben emplear su tiempo los hombres libres sino en mirar al gobierno, y tener cuenta que hagan su deber los á quien damos cargos, y que no la echen de mas que los otros?

— Con todo á mí se me ocurre algunas veces que vuestras cercas podrian estar en mejor estado y mas en órden vuestros caminos, si os ocuparais menos tiempo de política.

— ¡ O señor ! miren que poco sabeis de un pueblo libre. Pues ¿ qué es la igualdad de un camino puesta en comparacion con los derechos de un Americano libre? Y ¿ qué vale un vallado roto *comparable con saber* que los hombres que hemos tenido á bien enviar al congreso hablan bien y al caso, como queremos que hablen ; pues para eso los elegimos?

— Con que ¿ vais por un principio de deber á la taberna para leer los papeles?

— Ya se ve que sí, y no seria verdadero Americano el que no lo hiciera. No digo yo que un padre de familias esté siempre bebiendo, sí digo que prefiero ver á mi hijo borracho tres veces á la semana á verlo que no se ocupe de los negocios de su pais. »

Nuestros paseos de otoño fueron deliciosos. El sol no abrasaba ya, la ausencia de las flores parecia falta de la estacion, no del terreno, y los árboles se cubrian de colores cuya riqueza, lustre y variedad no caben en descripcion alguna. El primero que á mi entender engalana los bosques con su encarnado, espléndido es el erablo ; siguen las hayas con el armonioso juego de sus tintas de oro, que empezando en un pajizo desmayado suben al naranjado mas brillante : toman las zarzas la sombra violada del moral, el avellano suaviza las vislumbres duras del paisaje con sus frecuentes visos de un pardo delicado, y la robusta encina conserva su verde obscura cabellera hasta en medio del invierno. Semejantes matices son demasiado vivos para que pueda retratarlos el pincel, que en vano intentara seguir la naturaleza para trasladar al lienzo una de sus escenas de otoño en América. Los colores son en efecto brillantes con extremo, pero la luz con que se contemplan aumenta su hermosura de un modo sorprendente. De todas las ventajas que la América lleva á Inglaterra, la que me parece mas sensible es la claridad y brillo de la atmósfera. Aquella pureza exquisita de ambiente realza diez veces mas el aspecto hermoso que da dia y noche á los objetos. Apenas podia yo creer que las estrellas fuesen las

mismas : la Osa mayor parecia una constelacion de soles, y Júpiter abonaba cuanto se dice de él en los versos que empiezan :

« Te he contemplado, Jove, embebecido,  
Hasta que ya mis ojos deslumbrados,  
Ciegos y no cansados,  
En tu grandeza misma te han perdido. »

Cuanto á la luna noté siempre que la primera línea plateada de la creciente llamaba tanto la atencion en América el dia primero como en Inglaterra el tercero. Tambien observé en el mismo cuarto en aquella region, otro fenómeno cuya causa comprendí menos. El complemento del disco opaco que Shakspeare describe como « la nueva luna con la luna vieja en su falda, » y que he oido explicar ingeniosamente como el efecto de la *luz reflejada de la tierra*, se ve allí menos que en Europa.

Los paisajes mas claros de Cuyp representan una atmósfera que se aproxima á la de América mucho mas que las de cuantas pinturas me acuerdo haber visto; sin embargo ni aun el *aire* de Cuyp llega á los pulmones, y por consiguiente solo puede dar indicios de la mitad de sus encantos : el aire de aquel clima se deja sentir y ver, y es en realidad un manantial perenne de fruicion.

Pero interrumpieron nuestras excursiones mis antiguos enemigos de Cincinatos, los cerdos; á cada instante llegaban inmensas piaras que venian del campo por el camino de nuestros paseos de predileccion y que pacian y se instalaban en los valles mas agradables; ó bien, lo que era peor, sus amos hacian las matanzas junto á los arroyos mas cristalinos. Otro mal de la misma especie pero de mayor gravedad nos amenazaba. Nuestra pequeña quinta poseia un terrero (lujo casi universal de las casas de campo de América) que protegido contra el sol por un grupo de acacias formaba un estrado delicioso; desde allí notamos un dia que se ocupaban en levantar un edificio en el campo inmediato : corrimos al momento, llenos de inquietud, para informarnos de la clase de vecindad que ibamos á tener.

— Un matadero de puercos, fué la terrible contestacion.

Como habia en las inmediaciones varias casas de familias decentes, pregunté si no impedirian aquel establecimiento por inmundo é insalubre.

— « Porqué? »

— Por inmundo, repetí, explicando lo que queria decir.

— No, no, me replicaron; eso se queda allá para vuestro pais de tiranía, donde se



piensa mas en las narices del rico que en la boca del pobre. Los cerdos son aquí un artículo ventajoso, y *nosotros* demasiado libres para esas leyes, me parece. »

Durante mi residencia en América esa y otras pequeñas circunstancias semejantes me solian traer á la memoria la conversacion que tuve en Francia con un caballero anciano acerca de su policia activa, y la *omnipresencia* de su gendarmeria : « Croyez-moi, Madame, il n'y a que ceux à qui ils ont à faire, qui les trouvent de trop (\*), » me dijo. Y el buen señor tenia razon, no solo hablando de Francia sino de toda la familia humana, como nos llaman los filósofos. Los que obran bien, los que tienen sentimientos de justicia para no molestar á su prójimo, no se quejan nunca de las restricciones de las leyes. Toda la libertad americana no excede á la libertad de que se goza en Inglaterra, sino por el abuso que hacen de ella los hombres audaces á expensas de los habitantes pacíficos; y si yo fuera un caballero de robusto brazo de los de la espada ó la pluma, echaria sin temor mi guante, y retaria á la república entera á que probase lo contrario; pero siendo, como soi, una endeble espectadora

(\*) Creedme, señora, solamente encuentran de mas á los gendarmas los que tienen cuentas con ellos.

con una aguja por lanza y por divisa « YO HABLO, » tengo que contentarme con afirmar el hecho, certísima de que desde un extremo á otro de los Estados-Unidos del Norte de América todos levantarán el grito para contradecirme.

